



EL MITO DE NARCISO EN KIERKEGAARD Y LIPOVETSKY

Dora Gladis Villalba

Introducción

El objetivo de este trabajo es intentar demostrar que las características enunciadas por Kierkegaard correspondientes al estadio estético prefiguran el individualismo posmoderno, según la presentación de Lipovetsky, en la figura de Narciso, mito que ambos autores comparten y reinterpretan.

La exposición se desarrollará en los siguientes términos:

- breve referencia al mito de Narciso;
- caracterización del estadio estético (Kierkegaard);
- caracterización del hombre posmoderno (Lipovetsky);
- conclusiones

El mito de Narciso

La mención del mito de Narciso en *Ética y estética en la formación de la personalidad* la realiza Kierkegaard en el capítulo III, donde menciona que su fuente es Ovidio, *Metamorfosis*, III.

Si se toma dicho texto, en él, Ovidio narra el mito porque le interesa, fundamentalmente su cambio de forma (1), ya que finalmente se transforma en una flor. Pero lo sustancial del mito se encuentra en la praxis que lleva a Narciso a ese destino final.

En síntesis, el mito expresa: al llegar a los dieciséis años es deseado persistentemente por muchos jóvenes y muchas muchachas (2) mas su soberbia niega cualquier posibilidad de admitir la llegada del amor del otro.

En un episodio de su vida –la caza de ciervos- lo pone en contacto con la ninfa Eco quien se enamora de Narciso no bien lo ve. Narciso rehúye su amor con palabras hirientes. Por la negativa del joven, Eco se consume de dolor y sólo su voz perdura. Del mismo modo que rechazó a Eco, Narciso rechaza a innumerables ninfas y varones, hasta que uno de los desairados por él, lo maldice: “Ojalá ame él del mismo modo y del mismo modo no consiga el objeto de sus deseos” (3) A lo que Némesis (diosa de la venganza) asiente.

Cierto día, Narciso, cansado por una jornada de caza, busca alivio en un lugar que Ovidio describe como “locus amoenus”: una fuente límpida, oculta en la espesura, rodeada de verde césped y animada por una suave brisa. Cuando se dispone a beber de la fuente es cautivado por la belleza de la imagen que refleja el agua: “[...] ama una esperanza sin cuerpo; cree que es cuerpo lo que es agua, Se extasía ante sí mismo y permanece inmóvil y con el semblante inalterable [...].Se desea a sí mismo sin saberlo,



gusta el mismo a quien gusta, al solicitar es solicitado, y a la vez que enciende, arde”
(4)

Hasta que finalmente cae en cuenta de que lo reflejado en el agua, objeto de su más profunda pasión y deseo es él mismo: “*¡Ése soy yo! Ya me he dado cuenta y ya no me engaña mi imagen; ardo en amor de mí mismo, a la vez que provocho y sufro las llamas. ¿Qué hacer?*” (5)

De este modo, se consume al igual que Eco, devorado por ese amor dirigido a sí mismo y, finalmente, muere: “[...] *así él se deshace consumido por el amor y va siendo devorado poco a poco por el oculto fuego*” (6).

Pero el amor por sí mismo traspasa la barrera de la muerte y “*Aún entonces, recibido ya en la mansión infernal, seguía mirándose en las aguas de la Estige*” (7)

Según PÉREZ-RIOJA (8), existen varias interpretaciones del mito de Narciso, de las que menciona algunas:

1- como flor (en la que finalmente se transforma) Narciso simboliza a) la fragilidad y la muerte y está consagrado a Hades; b) el adormecimiento de los seres en el último sueño, es decir, en el tránsito hacia la muerte (su etimología remite al verbo griego “narkóo” que significa adormecer, entorpecer);

2- como enamorado de sí mismo es símbolo de a) la actitud autocontemplativa, absoluta e introvertida; b) la exageración del proceso de autocontemplación; c) un complejo, en el psicoanálisis, que lleva este nombre y se presenta como un desplazamiento del exterior y un desarrollo interno caracterizado por el egocentrismo. Este egocentrismo se manifiesta en la importancia exagerada de la propia persona.

Caracterización del estadio estético en Kierkegaard

Soren Kierkegaard llega a distinguir diversos estadios en la existencia del hombre, a los que denomina y ordena jerárquicamente así:

- estético;
- ético;
- religioso

Cada estadio superior asume y supera al anterior, en el devenir y mediante una tarea dialéctica. Según BINETTI, M. J. “*A estos diversos planos de concreción subjetiva Kierkegaard los ha llamado “estadios” de la existencia y, conforme con el uso del esquema dialéctico, los ha ordenado progresivamente como momentos superadores en la conciencia de la propia libertad. Lo “estético”, lo “ético” y lo “religioso” conforman así las tres instancias de un mismo desarrollo ascendente, que elimina y conserva a cada paso la posición anterior.*” (9)

Relaciona estos tres estadios de la vida humana con la historia del mundo y, sin hablar aún de lo estético describe el primero de ellos, de esta forma: “*el primero es el estadio en el cual ningún niño se ha separado de su entorno (“me”) El yo no es dado*



todavía, sino la posibilidad de él y por eso permanece en conflicto [...] A este estadio corresponde en la mitología –hasta donde yo sé- las mitología orientales. Lo divino es: plenitud que se derrama a cántaros como la lluvia dorada en el seno de las Danaes; [...]” (10)

Es en *Enten-Eller* donde él se refiere explícitamente a lo estético como primer estadio de la existencia subjetiva y, antes, en su tesis doctoral lo caracteriza según esta notas: “[...] *la infinitud interior, la negatividad absoluta, el aburrimiento, el panteísmo de la imaginación, lo puramente posible, la realidad poética, el vacío de la nada y la libertad infinita.*” (11)

Este estadio estético o inmediato es el primero de la serie de tres propuesta por Kierkegaard y remite a la concepción de la *libertad* del hombre como la pura posibilidad que todavía no deviene, del *yo* que aún no ha iniciado la reflexión de sí mismo y, por lo tanto, se presenta indeterminado, del *otro* como ausencia que no puede plantear conflictos enfrentando a ese yo.

A efectos de presentar dicho estadio estético, se seguirá la propuesta de M. J. BINETTI . Dicha propuesta lo considera:

- 1-como lo inmediato;
- 2-como primera reflexión abstracta;
- 3-como posibilidad formal

Y se completará estas nociones con citas tomadas de *Ética y estética en la formación de la personalidad*. En dicho texto Kierkegaard define lo estético como sigue: “[...] *la estética en un hombre es aquello por lo cual ese hombre es, inmediatamente, lo que es; [...] El que vive en la estética, por la estética, de la estética y para la estética que hay en él, vive estéticamente*” (12)

1-como lo inmediato

Al considerar lo estético como lo inmediato se lo vincula estrechamente con la indeterminación, en el sentido de que en él se encuentra virtualmente la totalidad de las posibilidades referidas a determinaciones, distinciones y oposiciones en forma irreflexiva, esperando el conflicto como elemento que las ponga en movimiento: “ *En el deseo mismo el individuo es lo inmediato, y sea el deseo sutil y refinado o burdo, el individuo se encuentra en él como en lo inmediato, en el goce se sitúa en el instante y cualquiera sea su pluralidad a este respecto, es siempre inmediato porque se sitúa en el instante.*” (13)

Respecto de la categoría “movimiento”, para Kierkegaard, es la que distingue al espíritu “ [...] *como el punto de encuentro donde se unen el ser y el pensamiento, y como su continua reciprocidad.*” (14)

En el estadio estético el movimiento o el devenir no despliega aún sus posibilidad sino que se presenta ligado a lo inmediato, y, por lo mismo, alude a estado o situación: “[...] *vives en el instante y, en el instante, pareces de grandeza sobrenatural, hundes en*



él tu alma aún con la energía de una voluntad, pues, por un instante posees en forma absoluta todo tu ser. Quien no te vea sino en ese instante, se engañará fácilmente, mientras que el que espere el instante siguiente triunfará fácilmente de ti.” (15)

En este “vivir el instante”. El espíritu es idéntico a la sustancia única alma-cuerpo. Al mismo tiempo el cuerpo no se recorta desde su contexto, pues el espíritu “*está anímicamente determinado en unidad inmediata con su naturalidad. El espíritu está soñando en el hombre.*” (16)

La inocencia es lo propio de este estado y ella figura el momento previo a la caída (en relación con el pecado original) en que todo es posible pero nada se ha separado aún. La unidad del alma y el cuerpo constituye una identidad pues el hombre estético no se ha dado cuenta del devenir del espíritu y, por lo tanto, tampoco de la consecuencia de este movimiento traducida en la diferencia y la escisión. En *Estética y ética...* el filósofo apunta: “*Dije que lo estético es en el hombre aquello por lo cual él es inmediatamente lo que es [...]. No hay que llegar a la conclusión de que el que vive estéticamente no se desarrolla, sino que se desarrolla con necesidad, no con libertad, ninguna metamorfosis tiene lugar en él, ni el movimiento infinito por el cual llega al punto desde el cual él deviene lo que deviene*” (17)

En estrecha relación con lo anterior se hallan el deseo la desesperación pues ambos confluyen en el instante y ambos remiten a la pluralidad. En el caso del deseo: “*El deseo, en sí mismo es, sin embargo, una pluralidad y de ese modo, esta vida se dispersa en una pluralidad ilimitada,[...]*” (18)

“*Es una concepción estética de la vida, pues la personalidad permanece en su inmediatez, es la última concepción estética de la vida, pues, en cierto modo, ha incorporado a ella la concepción de la nulidad de tal concepción; sin embargo, hay desesperación y desesperación.*” (19)

En la primera de estas dos citas , conecta el deseo con la pluralidad y con lo ilimitado y, además con lo disperso, es decir, con lo que aún no ha logrado reunirse. Se presenta entonces una apetencia: el deseo, como lo no determinado, lo que no tiene, literalmente, definición, es decir, límites; la pura posibilidad sin dirección ni movimiento que se expresa en lo inmediato.

En cuanto a la desesperación, lo que se destaca en la segunda cita es la permanencia del espíritu (aquí nombrado como “la personalidad”), en la inmediatez. Y agrega una nota distintiva, pues al referirse a una determinada concepción estética de la vida la distingue aseverando que ésta ha percibido la inutilidad de sí misma y ello le provoca la desesperación en forma continua y repetida (siempre volcada en el instante).

Al no existir distinción entre finitud/infinitud,, yo/otro, yo/mundo, no puede realizarse la mediación de lo real y, por eso, “[...]la idea permanecerá en su negatividad abstracta y la subjetividad se mantendrá en la esfera de lo estético” (20)

2-como primera reflexión abstracta



Según se ha anotado en primer lugar, el estadio estético se caracteriza por la inmediatez, donde no hay rupturas y donde no hay reflexión. Pero, en realidad, esta inmediatez no existe, pues se arriba a ella reflexivamente, a través de una mediación: *“La reflexión suprime la conciencia inmediata del ser, poniéndola en una relación de oposición con la idealidad, [...]. Por reflexión entendemos aquí un automovimiento o movimiento circular, donde la relación consigo mismo es diferenciación de sí, y donde la diferencia es suprimida en la identidad. . La reflexión comienza y termina por sí misma, ella presupone lo que pone.”* (21)

A lo inmediato se lo capta al reflexionar supuesto por la reflexión, “puesto” por ella. Entonces, en esta reflexión aparece la conciencia bajo la forma de una contradicción; idea/fenómeno y comienza el yo (que en la inmediatez era indiviso de la realidad) que separa la idea del fenómeno. El yo se presenta, por tanto, separado del fenómeno: un yo abstracto, negativo, sin continuidad, ideal, “se burla” de lo finito porque descubrió lo absoluto.

Con la reflexión aparece la idea (infinita y eterna) y el fenómeno (finito). Relacionada con la reflexión puede considerarse la categoría de la *reduplicación*. Esto es, para que haya identidad el yo tiene que reduplicarse. En esta primera reflexión el yo se refleja en sí mismo como posibilidad formal. De igual modo todo es posible. Así, el esteta ofrece una interioridad escindida, no puede reconciliarse con lo finito. Es abstracto (del latín, *abs*: alejamiento, privación y *traho*: arrastrar, llevarse consigo, sacar), pues en esta primera reflexión yo=yo.

El esteta siempre es abstracto. En la reflexión: *“ [...] la inmediatez se relaciona consigo misma”* (22). Hay una imposibilidad de la alteridad, pues la alteridad es el yo mismo. En síntesis: *“La existencia estética refleja con total claridad el vacío de un Yo=Yo, que repite al infinito su identidad formal y quimérica. El esteta flota en la infinitud de una idea ante cuya abstracción todas las vacas son pardas. Dicho en otros términos, la vida estética es una “tautología” que no se atreve a asumir la diferencia.”* (23)

Esta tautología queda expresada así por el propio Kierkegaard: *“[...] elijo en sentido absoluto, y de ese modo, precisamente, elijo por el hecho de resolver o elegir esto o aquello. Elijo lo absoluto y ¿qué es lo absoluto?. Es yo mismo en mi eterna validez. Como absoluto nunca puedo elegir otra cosa que yo mismo, pues si elijo otra cosa, lo elijo como algo finito y, por lo tanto, no lo elijo en sentido absoluto.”* (24). Hay que remarcar que al reduplicarse el yo para lograr su identidad, se plantea la cuestión del “Otro” que no logra resolverse en el estadio estético.

En cuanto a lo temporal: *“Desde el punto de vista temporal, la identidad estética dura el instante fugaz de una eternidad vacía, más allá de todo tiempo”.* (25)

3-como posibilidad formal



El estadio estético se muestra como posibilidad indeterminada, subjetividad, abstracción, negatividad, en síntesis, todo es posible. Pero si todo es posible, al mismo tiempo todo es imposible.

Al hablar de lo puramente posible, se habla de una posibilidad formal, sin contenido y al definir al esteta como un ser inmediato (sin continuidad) se observa que este ser se muestra como un estado que se halla sin potencia libre real, ya que su identidad Yo=YO es la posibilidad formal, la mera abstracción.

Así, en esta primera reflexión el yo se refleja en sí mismo como posibilidad formal: el esteta “*es un resumen de toda posibilidad*” (26)

Como síntesis de este estadio puede funcionar lo expresado por Kierkegaard respecto de Narciso: “*Todo se detiene para él, como si hubiese llegado a la eternidad antes de tiempo. Cae en la contemplación, se mira a sí mismo fijamente, pero esa fijeza de la mirada no puede llenar el tiempo. Entonces descubre que el tiempo [...], es su pérdida; pide una forma perfecta de existencia y aquí, de nuevo, aparece la fatiga, la apatía, que semeja la lasitud que acompaña al goce. [...] Ninguna fuerza puede sacarlo de sí mismo, excepto el tiempo, que tampoco puede, en verdad, sacarlo de sí mismo [...]. No se ha elegido a sí mismo, como NARCISO se ha enamorado de sí mismo.*” (27) (El destacado es nuestro).

Caracterización del hombre posmoderno en Lipovetsky.

Siguiendo con el tema de Narciso, Lipovetsky, en *La era del vacío* enuncia: “*A cada generación le gusta reconocerse en una gran figura mitológica o legendaria que reinterpreta en función de los problemas del momento[...]. Hoy Narciso es, a los ojos de un importante número de investigadores, [...] el símbolo de nuestro tiempo.*” (28)

Este Narciso reinterpretado por el pensador francés, presenta algunos puntos de contacto con el hombre del estadio estético de Kierkegaard, puesto que se refiere a una identificación del Yo consigo mismo de manera insistente: “[...] *se yergue [...] subyugado por sí mismo en su cápsula de cristal*” (29). Y a propósito de la figura mítica, remite al nacimiento de un neonarcisismo que es el resultado de la “deserción de lo político”, tomando este último término como aquella actividad propia de la polis, sometida –en este caso- a una continua banalización y neutralización: “*Fin del homo politicus y nacimiento del homo psicologicus, al acecho de su ser y de su bienestar.*” (30).

Este nuevo Narciso se ubica en una dimensión donde sólo juega el presente, el instante, lo que revela un acercamiento importante con el esteta del pensador danés. El devenir, el continuum histórico no ofrece interés para él. En un eterno presente, se dedica a vivir para sí mismo haciendo tabula rasa de la tradición y el futuro: “*Vivir en el presente, sólo en el presente y no en función del pasado y del futuro, es esa pérdida de sentido de la continuidad histórica.*” (31).



La sociedad que lo contiene refleja esta misma actitud de indiferencia frente al tiempo histórico: “ [...] *con esa indiferencia hacia el tiempo histórico emerge el “narcisismo colectivo”, síntoma social de la crisis generalizada de las sociedades burguesas , incapaces de afrontar el futuro si no es en la desesperación”* (32)

Pero la desesperación no promueve la reflexión teórico-filosófica que intente explicarla e incorporarla en un sistema mayor como conflicto que provoque el movimiento (tal como se lo observa en Kierkegaard), sino que se traduce en lo que Lipovetsky denomina: “[...] *sorprendente ausencia de nihilismo trágico; aparece masivamente en una apatía frívola, a pesar de las realidades catastróficas ampliamente exhibidas y comentadas por los mass media.*” (33).

Esta actitud culmina en un narcisismo que suprime lo trágico del mundo y lo sustituye por una apatía “[...] *hecha de sensibilización epidérmica al mundo a la vez que profunda indiferencia hacia él.*” (34)

El neonarcisismo posmoderno se relaciona estrechamente con la hiperbolización del Yo: “[...] *promovido así al rango de ombligo del mundo, la terapia psi, por más que esté teñida de corporeidad y de filosofía oriental, genera una figura inédita de Narciso, identificado de una vez por todas con el homo psicologicus. Narciso obsesionado por él mismo no sueña, no está afectado de narcosis, trabaja asiduamente para la liberación del Yo , para su gran destino de autonomía de independencia[...]*” (35)

En la terapia psi, los componentes: inconsciente y represión, funcionan a partir de un movimiento antitético: mientras el primero exacerba el deseo, el segundo lo reprime. De este modo lo que se logra es que cada Yo comience una tarea de autoanálisis cuyo propósito es lograr la liberación a través de la observación y la interpretación. Como esta tarea se hace de manera sobredimensionada, este yo se anula a sí mismo: “*El Yo se convierte en un espejo vacío a fuerza de “informaciones”, una pregunta sin respuesta a fuerza de asociaciones y de análisis, una estructura abierta e indeterminada que reclama más terapia y anamnesia.[...] Narciso ya no está inmovilizado ante su imagen fina, no hay ni imagen, nada más que una búsqueda interminable de Sí Mismo, un proceso de desestabilización o flotación psi como la flotación [...] de la opinión pública.*” (36)

Con este Yo “inflado” se plantea la reflexión acerca del Otro: “[...] *el narcisismo representa esa liberación de la influencia del Otro, esa ruptura con el orden de la estandarización de los primeros tiempos de la “sociedad de consumo” . Licuación de la identidad rígida del Yo y suspensión del primado de la mirada del Otro, en cualquier caso, el narcisismo funciona fundamentalmente como agente del proceso de personalización.*” (37)

A partir de una representación social, se muestra el cuerpo como idéntico al “ser sujeto”, a la persona. Por ello: “[...] *el cuerpo mismo ha perdido su estatuto de alteridad, [...] de materialidad muda, en beneficio de su identificación [...] con la persona. El cuerpo ya no designa una abyección o una máquina, designa nuestra*



identidad profunda de la que ya no cabe avergonzarse y que puede exhibirse desnudo en las playas o en los espectáculos, en su verdad natural.” (38)

En consonancia con esta propuesta acerca del cuerpo, aparece el miedo a envejecer y a morir. La horrible vejez (parafraseando a los antiguos griegos), se traduce en la intolerancia a la alusión de la edad, a la vejez y a la muerte. Así, todos –en general– quieren ser eternamente jóvenes. Rechazar la vejez como si fuera una lacra que impide que los demás sigan manifestado su admiración y consenso por el cuerpo (identificado con el sujeto) de cada persona, cuyo elemento definitorio es, precisamente, el óptimo estado corporal.

La semblanza anterior explica el horror por el paso del tiempo, pues tener conciencia del devenir significa –en gran medida– aceptar la vejez y la muerte. Para detener el horror al deterioro se somete al cuerpo a cuidados extremos y a cirugías continuas ya que, si se lo mantiene en buena forma, se conjura la mortalidad y la decrepitud. Al no haber apoyo trascendente, tampoco hay sentido en el advenimiento del envejecer y el morir: *“De hecho, es el proceso de personalización el que, al evacuar sistemáticamente cualquier posición trascendente, engendra una existencia puramente actual, una subjetividad total sin finalidad ni sentido, abandonada al vértigo de su autosedución. [...] [...] ocurre lo mismo con la muerte y la edad: es su sinsentido contemporáneo lo que exacerba su horror.” (39)*

Desde esta perspectiva se produce la indiferenciación entre el cuerpo y el espíritu: *“Como todas las grades dicotomías, la del cuerpo y del espíritu se ha esfumado; el proceso de personalización, y particularmente aquí, la expansión del psicologismo, borra las oposiciones y jerarquías rígidas, confunde las referencias e identidades marcadas.” (40)*

En cuanto al narcisismo, Lipovetsky observa que: *“El cuerpo psicológico ha substituido al cuerpo objetivo y la concienciación [sic] del cuerpo por sí mismo se ha convertido en una finalidad en sí para el narcisismo [...], de ahí emana la voluntad de redescubrir el cuerpo desde dentro, la búsqueda furiosa de su idiosincrasia, es decir, el mismo narcisismo, ese agente de psicologización del cuerpo, ese instrumento de conquista de la subjetividad del cuerpo por todas las técnicas contemporáneas de expresión, concentración y relajación.” (41).*

Al mismo tiempo que el Neonarciso se preocupa en grado sumo por el cuerpo advenido sujeto, también lo hace disponible para todo tipo de experiencias: *“Nada menos que el grado cero de lo social, el narcisismo procede de una hiperinversión de los códigos y funciona como un tipo inédito de control social sobre almas y cuerpos.” (42)* En un deslizamiento perverso, Narciso se posiciona en la aparente subjetividad que es trabajada, de modo contradictorio y hasta la exageración, para ejercer una forma de control social en el que la oposición hiperbólica de categorías, disimuladas tras un deslizamiento seductor, logra su objetivo.

Sumido el sujeto en el proceso de personalización se muestra *“[...] demasiado absorto en sí mismo, renuncia a las militancias religiosas, abandona las grandes*



ortodoxias, sus adhesiones siguen la moda, son fluctuantes, sin mayor motivación. Aquí también la personalización conduce la desinversión del conflicto, a la distensión.” (43)

Más adelante, Lipovetsky vuelve a plantear el papel que juega el Otro en el neonarcisismo. En este sentido, el Otro es despojado de importancia en la construcción del Yo: “[...] *lo que importa ahora es ser uno mismo absolutamente, florecer independientemente de los criterios del Otro; el éxito visible, la búsqueda de la cotización honorífica tienden a perder su poder de fascinación, el espacio de la rivalidad interhumana deja paso a una relación pública neutra donde el Otro, despojado de todo espesor, ya no es hostil ni competitivo sino indiferente, desubstancializado,[...]” (44)*

De la misma manera que el otro sólo se reduce al plano de la posible igualdad de condiciones, los lugares de encuentro ad hoc lo constituyen los entornos “friendly”: “[...] *ambientes simpáticos, sin alteraciones, sin pretensión excesiva.” (45)*

Otros rasgos del Narciso posmoderno lo constituyen la imposibilidad de sentir y el vacío emotivo (se percibe la ausencia del posible conflicto que movilice al sujeto): “[...] *aquí la desubstancialización ha llegado a su término, explicitando la verdad del proceso narcisista, como estrategia del vacío.” (46).*

En realidad, al pensar en una caracterización de Narciso, este autor afirma: “*Tener relaciones interindividuales sin un compromiso profundo, no sentirse vulnerable, desarrollar la propia independencia afectiva, vivir solo, ése sería el perfil de Narciso.” (47).* Pero de todos modos, a pesar de esta forma “decroché” (desenganchada) y de la hipertrofia del Yo, se advierte que la posibilidad de este Narciso parece descansar, finalmente, en el Otro: “*Desolación de Narciso, demasiado bien programado en absorción de sí mismo, y sin embargo insuficientemente programado ya que todavía desea una relación afectiva”.* (48).

Conclusiones

Antes de entrar en el tópico del mito, se impone una aclaración con respecto al formato adoptado por ambos autores para resolver sus obras: 1) Kierkegaard utiliza el modo de la *epístola* pues se dirige supuestamente a alguien que conoce por tener una relación muy cercana y su presentación del tema no se agota en lo estético, sino que lo muestra como un primer estadio a ser superado por lo ético. El formato usado se traduce en un intento de acercarse a su lector, pues éste es el propósito que se persigue al incorporar la segunda persona del singular: así, cada *tú* se sentirá apelado al emprender la lectura. A raíz de ello se percibe también, a través del recurso gramatical de esta segunda persona, una forma de remarcar la subjetividad del lector; 2) Lipovetsky, por su parte, usa el formato del *ensayo* y postula que los cambios en la sociedad posmoderna (con respecto a la modernidad) se deben al individualismo exacerbado. Se limita a presentar y, en algunos casos, problematizar la cuestión planteada, describiendo exhaustivamente la posmodernidad manifestando un fino poder de observación y cuestionando ciertas tendencias o actitudes por medio del planteo de posibilidades que no resuelve.



Como ya se dijo, ambos apelan al mito de Narciso y éste es un contacto importante pero con matices diferentes. Si se retomaran las interpretaciones del mito apuntadas en el principio del trabajo, se puede decir que:

-Kierkegaard hace hincapié en la interpretación que lo muestra como enamorado de sí mismo, i.e., en la actitud narcisista autocontemplativa, absoluta e introvertida y en la exageración del proceso de autocontemplación, pues como se enunció al considerar el estadio estético, el Yo es idéntico a sí mismo. En esa identidad son característicos lo inmediato y lo indeterminado como pura posibilidad de determinación, distinción y oposición, previa a la irrupción del conflicto que provoque su movimiento. Figurativamente: Narciso que se busca a sí mismo en el espejo de las aguas, se autocontempla y se consume en esta autocontemplación en la absoluta quietud devorado por ese amor dirigido a sí mismo.

En el filósofo danés, sin embargo, el sujeto (Narciso) tiene una alternativa: puede salir de la quietud por medio del paso a otro estadio, causado por el conflicto que lleva al movimiento. Así, se inicia un proceso de devenir dialéctico de interrogación reflexiva en que un estadio (el ético) supera al anterior, sin anularlo sino asumiéndolo en una transformación superadora. Pues cada uno de los estadios desarrolla lo que viene como presupuesto.

Kierkegaard, además, en el devenir de los estadios busca la trascendencia, pues la culminación del proceso es el estadio religioso; de modo que este Narciso será ampliamente superado en una dinámica que pretende llegar, a través de la reflexión a la superación de la inmanencia.

En cuanto a la presencia del Otro, imposible para Narciso, también será asumida desde el estadio ético. En el estético no puede resolverse y lleva a la desesperación.

Lipovetsky presenta : a) una versión ligada al enamoramiento de sí mismo, que pone el énfasis en el complejo de Narciso (propio del psicoanálisis). Éste se muestra –como se vio– desplazado del exterior, con un desarrollo interno caracterizado por el egocentrismo (importancia exagerada de la propia persona); b) una relación con la interpretación que alude a la metamorfosis en flor, pues, en este estado Narciso se contacta con la fragilidad y la muerte y con el adormecimiento de los seres.

Así, en a) se asiste a la descripción detallada y minuciosa de este Narciso que procede por hipertrofia del Yo hasta llegar al vacío, desarrollando continuamente su egocentrismo y colocando la importancia exagerada de la propia persona en el cuerpo. Cuerpo que identifica con el espíritu. También procede por anonadamiento del Otro a quien utiliza como referente de su propio prestigio y admiración. Se sustrae, además, de la vida política y social como modo de rehuir los grandes temas.

En cuanto a b), al no tener sentido de trascendencia, este Neonarciso huye de la muerte e ignora, por lo mismo, la fragilidad inherente al ser humano. Trabaja, entonces, en el mantenimiento de su cuerpo (que es al mismo tiempo su espíritu) para retrasar



todo lo que pueda el momento de la muerte. En esta línea, se justifica su deseo de conservarse joven y lozano como muestra de plenitud y de inmutabilidad al paso del tiempo, este tiempo que conduce inevitablemente al fin.

Con los estímulos exteriores que lo “agrandan” ilimitadamente Narciso se aparta de los grandes problemas y, al ignorar la trascendencia, por esta consideración de la categoría “tiempo”, se adormece en la inmediatez del presente.

Ambos autores reinterpretan el mito integrando elementos en uno u otro sentido. En el caso de Kierkegaard se observa en el Yo abstracto una aspiración que lo trasciende. El sujeto puede lograr este objetivo de trascendencia a través de un proceso en el que se concilian y se asumen cada uno de los tres estadios en progresión ascendente.

En Lipovetsky, en cambio., se asiste a la descripción de un paradigma psicologizado de hombre que representa a la posmodernidad (en los países posindustrializados). Éste ha perdido los grandes valores filosóficos y, encerrado en sí mismo, trata de sobrevivir añorando la presencia del Otro y, al mismo tiempo, rechazándola por temor al compromiso. Además, vive el instante y niega continuamente el devenir y la muerte. Por eso, se adormece dándole a su cuerpo el estatus de espíritu haciéndolo idéntico a éste y cuidándolo incesantemente para evitar el deterioro y la finitud. Y allí se queda adormecido en su inmanencia sin aspirar a lo trascendente, luchando vanamente con su condición humana material.

Se dirá, finalmente, que Lipovetsky se conecta en alguna medida con el Yo del estadio estético de Kierkegaard en la prefiguración de Narciso pero su descripción y problematización del Neonarciso posmoderno queda allí sin posibilidad de superación ni trascendencia.



CITAS

- (1) Así lo expresa el autor en el I (Liber primus): “Es mi deseo exponer las transformaciones de los cuerpos en formas nuevas.” (*In nova fert animus mutates dicere formas / corpora*”) (OVIDIO. *Metamorfosis*; rev. y trad. Antonio Ruiz de Elvira. Barcelona, Alma Mater, 1964; vol I, p. 6).
- (2) “[...] multi illum iuvenes, multae cupiere puellae; “. (OVIDIO; op. cit., III, p. 101)
- (3) “[...] sic amet ipse licet, sic non potiatu amato!” (OVIDIO; op. cit., III, p. 104).
- (4) “Se cupit inprudens et, qui probat, ipse probatur,/ dumque petit, petitur pariterque accendit et ardet.” (OVIDIO; op. cit., III, p. 104).
- (5) “Iste ego sum! Sensi; nec me mea fallit imago:/ uror amore mei, flammas moueo feroque! / Quid faciam?” (OVIDIO; op. cit., III, p. 106)
- (6) “[...] sic adenatus amore / liquitur et tecto paulatim carpitur igni,” (OVIDIO; op. cit., III, p. 107)
- (7) “Tum quoque se, postquam est inferna sede receptus,/ in Stygia spectabat aqua.” (OVIDIO; op. cit., III, p. 108)
- (8) PÉREZ-RIOJA, J. A. *Diccionario de símbolos y mitos*. Madrid, Tecnos, 1971, p.312.
- (9) BINETTI, M. J. *El estadio estético de Kierkegaard en las categorías lógicas de Hegel: inmediatez, reflexión y posibilidad formal*. Ciafic-Conicet, s/f pp.1-2
- (10) KIERKEGAARD, S. *Pap.*, I C 126. (citado por BINETTI, M. J.; op. cit., pp. 2-3.)
- (11) BINETTI, M. J.; op. cit., p. 3.
- (12) KIERKEGAARD, S. *Estética y ética en la formación de la personalidad*; trad. Armand Marot. Buenos Aires, Nova, 1955, p.35.
- (13) KIERKEGAARD, S.; op. cit., p. 42.
- (14) BINETTI, M. J.; op. cit., p. 4.
- (15) KIERKEGAARD, S.; *Estética y ética en la formación de la personalidad*; op. cit., pp. 63-64.
- (16) KIERKEGAARD, S. *Bregebet Angest, SV2, IV 345*; (citado por BINETTI, M. J.; op. cit., p. 5.)
- (17) KIERKEGAARD, S. *Estética y ética en la formación de la personalidad*; op. cit., p. 96.
- (18) KIERKEGAARD, S. *Estética y ética en la formación de la personalidad*; op. cit., p. 42.
- (19) KIERKEGAARD, S. *Estética y ética en la formación de la personalidad* op. cit., p. 55.
- (20) BINETTI, M. J.; op. cit., p. 7.
- (21) BINETTI, M. J.; op. cit., p. 7
- (22) BINETTI, M. J.; op. cit., p. 7
- (23) BINETTI, M. J.; op. cit., p. 7
- (24) KIERKEGAARD, S. *Estética y ética en la formación de la personalidad* op. cit., p. 80.
- (25) BINETTI, M. J.; op. cit., p. 8.



- (26) KIERKEGAARD, S. *Enten-Eller*, SV2, II, 20 (citado por BINETTI, M. J.; op. cit., p. 11).
- (27) KIERKEGAARD, S. *Estética y ética en la formación de la personalidad* op. cit., p.p. 104-105.
- (28) LIPOVETSKY, G. *La era del vacío*; trad. J. Vinyoli y M. Pendanx; 4ª ed. Barcelona, Anagrama, 2006, p. 49.
- (29) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 33.
- (30) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 51.
- (31) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 51.
- (32) LIPOVETSKY, G.; op. cit., pp. 51-52.
- (33) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 52.
- (34) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 52.
- (35) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 54.
- (36) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 56.
- (37) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 58.
- (38) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 61.
- (39) LIPOVETSKY, G.; op. cit., pp. 61-62
- (40) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 62.
- (41) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 62.
- (42) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 64.
- (43) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 67.
- (44) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 70.
- (45) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 71.
- (46) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 76.
- (47) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 76.
- (48) LIPOVETSKY, G.; op. cit., p. 78.

BIBLIOGRAFÍA

- BINETTI, M. J. *El estadio estético de Kierkegaard en las categorías lógicas de Hegel: inmediatez, reflexión y posibilidad formal*. Ciafic-Conicet, s/f
- CHEVALIER, J. (dir.). *Diccionario de los símbolos*; vers. cast. M. Silvar y A. Rodríguez; 3ª ed. Barcelona, Herder, 1986.
- GARCÍA DE DIEGO, V. *Diccionario ilustrado latino-español español latino*. Bibliograf, Barcelona, 1989.
- KIERKEGAARD, S. *Estética y ética en la formación de la personalidad*; trad. Armand Marot. Buenos Aires, Nova, 1955
- LIPOVETSKY, G. *La era del vacío*; trad. J. Vinyoli y M. Pendanx; 4ª ed. Barcelona, Anagrama, 2006
- OVIDIO. *Metamorfosis*; rev. y trad. Antonio Ruiz de Elvira. Barcelona, Alma Mater, 1964
- PÉREZ-RIOJA, J. A. *Diccionario de símbolos y mitos*. Madrid, Tecnos, 1971